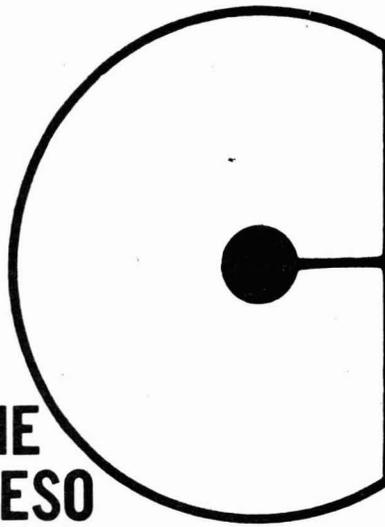


**JAIME  
VALDIVIESO**



**ON  
LOS  
ESPIRITUS  
DE  
WILLIAM  
FAULKNER**

Pronto se terminan los prados, las siembras y comienzan los bosques de pinos hasta el borde de la carretera. Es entonces cuando observamos por primera vez una extraña enredadera que surge del suelo mismo, se adhiere a los troncos y sigue por las ramas hasta la copa de los pinos, cubriéndolos como el hábito de un monje. El paisaje se torna indefinidamente misterioso, lleno de luces y de sombras, con suaves curvas hasta que llegamos frente a un signo de desvío, junto a una plazoleta. El signo tiene la forma de una flecha y lleva escrito un nombre: Oxford. Doblamos y seguimos lentamente, con la sensación de penetrar en un territorio a la vez desconocido y familiar, donde a medida que avanzamos, cada árbol, cada metro de tierra, nos refieren al escritor que hizo de esta región y de sus hombres, el símbolo y destino de todos los hombres. Nos acercamos al centro de la ciudad, entre sombras de grandes platanos orientales y residencias de dos pisos, con balcones y pilares. Miramos en silencio una realidad doblemente real e irreal (no sabemos si la creamos o somos creados por ella) en medio de cuyas luces y sombras, pobladas por inasibles fantasmas, buscamos en vano algún signo último, revelador. "No lo quiere nadie allí, no olvidan su actitud con los negros y su afición al whisky, no lo quiere nadie, ni siquiera su cuñada, la que se encarga de su casa, parece estimarlo", recuerdo las palabras que por teléfono me había dicho el Dr. Peavy, especialista en la obra de Faulkner.

Pronto vemos un semáforo, algunas tiendas, avisos comerciales y desembocamos en una plaza. Detenemos el auto frente a una tienda de artículos de vestir, con fachada de madera ocre y un rótulo que decía: *Fundada en 1865*. Estábamos en el centro de la ciudad de Oxford, en Mississippi.

Se nos ocurrió que allí, en la Drug Store, podrían darnos noticias para llegar a la casa del escritor. Nos dirigimos a una pequeña y amable señora que atiende la caja. La calle se llama Old Taylor Street. Deberíamos seguir frente a la plaza y luego doblar a la derecha. Junto a la registradora descubrimos unas postales con la cabeza del escritor vaciada en fierro. Compró una para enviarle a Manuel Rojas, entusiasta admirador de Faulkner. Vemos gente que entra, sale, compra revistas, un producto o permanece conversando con algún conocido. Dos jóvenes, uno de barba y una muchacha, se acercan a la cajera para preguntar por la casa del escritor. Me alegra saber que no somos los únicos interesados por él en este domingo de agosto. El barbudo se me hace antipático por su aire turístico y su actitud indiferente. Aprovecho y compro un frasco de Acqua Velva, mientras Meche busca unas pinturas para los ojos. Antes de salir confirmo el nombre de la calle. Damos la vuelta a la plaza y ya, al tomar la calle de salida, vemos la estatua de bronce de un soldado con uniforme de la confederación. Nos bajamos. Sobre el pedestal leemos la siguiente inscripción: *A tribute to our confederate dead by their surviving comrades*. En ese momento nos damos cuenta del significado concreto que para los Estados del

Sur, y sobre todo para Faulkner, tuvo la Guerra Civil. Recordé que a unos estudiantes en Japón advirtió que él también venía de una tierra que había sido derrotada y ocupada. Meche toma algunas fotografías del soldado. La presencia del espíritu del novelista del pasado, hacen que esta ciudad tenga un carácter distinto a todas las anteriores, o a las dos en que hemos vivido. Pienso en la importancia de preservar el pasado en algo tangible, que permita la comunicación con el medio, que provea al espacio con un signo de continuidad entre nosotros y el mundo y cuya ausencia la habíamos sentido en la forma de un raro desquiciamiento, de una extraña sensación de vacío que nos empuja a buscar en México, en Europa, una relación ontológica perdida.

Creyendo seguir las instrucciones, doblo en la primera esquina a la derecha. Es una calle amplia, con hermosas casas y grandes árboles que baja y sube en suaves pendientes; se llama University Boulevard. De pronto nos hallamos frente al campus de la Universidad. Recuerdo que aquí enseñó y también trabajó como obrero el escritor. Su padre tenía un cargo administrativo y le consiguió algunos trabajos durante los veranos. Obtuvo un puesto como ayudante de carpintero y en el equipo de pintores de muros. Fue el único que se atrevió a subir al campanario de la Escuela de Derecho, que pintó de arriba a abajo, luego de amarrarse a sí mismo con una cuerdas. También fue empleado del Correo del campus. Debía recibir las cartas y ponerlas en los buzones asignados a los profesores y enviar las que éstos le entregaban. Duró poco tiempo, ya que dejaba amontonarse la correspondencia en los sacos y, cuando alguien venía a entregar una carta, seguía con la vista fija en las páginas de un libro. No estaba dispuesto, explicó después, a atender a ningún hijo de perra que no pudiese gastar unos centavos para enviarla por el correo ordinario.

Esta misma Universidad rechazó la petición de otorgarle un título honorífico; cuando recibió el premio Nobel, volvieron a rechazar la petición por considerar una vergüenza no habérselo dado antes. En todas partes se cuecen habas, pienso; en Chile a Gabriela Mistral le concedieron el Premio Nacional después del Nobel. . . Llegamos hasta una plaza y comenzábamos a dar la vuelta, cuando vemos a tres hombres que se alejan por una calle. Uno de ellos lleva una máquina fotográfica y una espesa barba. Parecen buscar algo. Le pregunto al de la barba por la casa del escritor. Debemos volver a la misma esquina por la que doblamos, allí donde hay tres gasolineras; torcer a la derecha y continuar durante cuatro o cinco cuadras. Pronto nos hallamos en una calle de viejas y atractivas casas, pintadas de blanco o de verde, casas con techos de tejuela, y balcones y pilares y enredaderas y árboles de espesa sombra. Leemos con atención los nombres en cada esquina; pasamos una, otra, luego una tercera y una cuarta. Seguimos una más y distinguimos en una flecha descascarada el nombre de Old Taylor Street. Doblamos a la derecha y avanzamos



unos metros. Sobre un montículo, a la izquierda, se ve una casa grande y varios automóviles. Me bajo: observo los automóviles, la casa, busco algún signo. Nada. Continuamos por la calle que sube y luego desaparece a medida que se interna en el campo, hasta que vemos a una muchachita junto a una casa cortando el pasto. Me bajo; cuando estoy cerca le hablo más fuerte que el ruido de la cortadora. Responde que no sabe, pero que les preguntaré a sus padres. Vuelve y nos dice que la casa del escritor es la que tiene un portón de madera blanca, allí, hacia donde nos indica su brazo. Efectivamente, encontramos una puerta de listones, ancha, blanca, que separa la entrada de un parque. Pero ningún signo indica que sea la casa del escritor. Abro el portón y continúo por un camino bordeado de árboles. Siento una extraña emoción, mientras avanzo, mezcla de urgencia y de voluntad de dominar esa urgencia, de no dejarme envolver por la realidad, hasta no estar completamente seguro de que fuese esa la casa del escritor. Al cabo de unos cincuenta metros, llego a una plazoleta donde hay un signo que cuelga de un árbol que dice: "parking place". Ya no tengo dudas de que es esta la casa buscada y vuelvo tenso, apresurado. En ese momento, caminan en sentido opuesto los dos jóvenes y la muchacha que vimos en la Drug Store. Les digo, controlando mi excitación, que adentro pueden estacionar el automóvil. Los siento repentinamente hermanos, feligreses de un mismo credo, con los cuales hubiese querido hablar sobre su obra y su vida. Pero no prestan la menor atención a mis palabras y los veo avanzar, hasta detenerse frente a la plazoleta, desde donde dan una rápida y displicente mirada a la casa y se regresan. Eso fue todo. Ya habían cumplido con la formalidad turística. Cómo me habría gustado sacarlos a patadas y mandarlos a la puta. Al momento de estacionarnos, se detiene junto a nosotros un Mustang, del cual salen dos señoras y un caballero. Los observamos, pensando que alguna de las señoras podría ser la encargada de la casa, la cuñada del escritor. Avanzan con cierto apresuramiento hacia una de las puertas laterales, se detienen, escudriñan y siguen. Nosotros permanecemos un rato observando la vieja mansión. Tanto la casa como el parque, indican que desde hace tiempo allí no vive nadie. Esta era la casa que Faulkner compró al casarse y a la cual, más tarde, agregó varios cuartos, haciendo él mismo la mayor parte del trabajo. Caminamos hacia uno de los costados y llamamos. Nadie responde. De alguna parte, nos llega el ladrido insistente de un perro. Hacia la parte trasera de la casa divisamos unas dependencias, desde donde llegan voces de mujeres. Pienso que serán los cuartos de la antigua servidumbre. Algo extrañamente dramático surge de esa mansión, del jardín, de los árboles, algo que me resulta hostil y tan ajeno a mi experiencia, a mi cultura. Mi mundo es otro, ni en Chile ni en ninguna parte de Latinoamérica se siente esta atmósfera tan sombría y puritánica. Este clima moral me resultaría irrespirable. Recuerdo *Una Rosa para Emilia*, los perso-



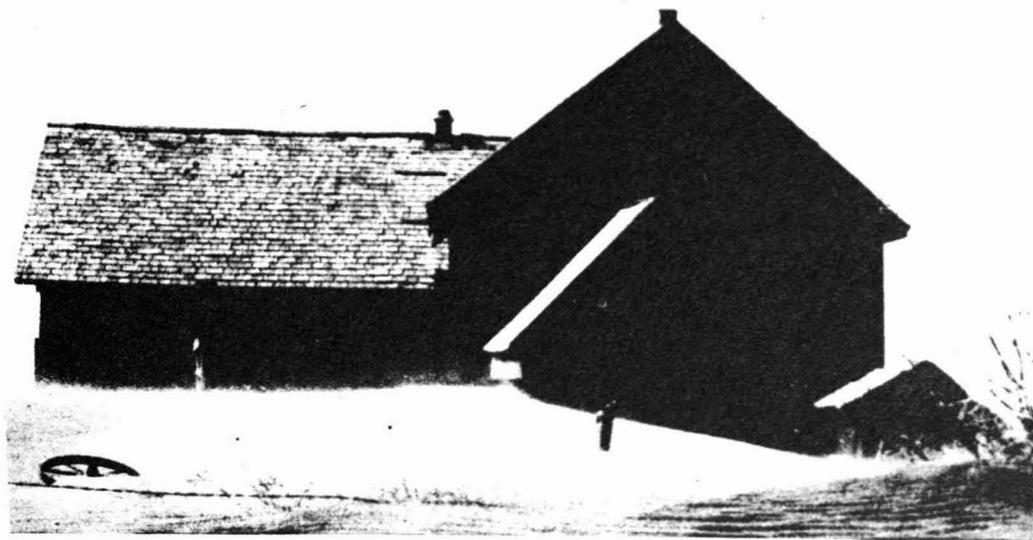
najes de *Absalon, Absalon*, moldeados en un medio como éste, donde los prejuicios sociales y raciales son tan poderosos que enajenan y destruyen. Ni el propio novelista fue inmune a estas fuerzas; su alcoholismo no pudo ser sino una forma de rechazo y agresividad contra un medio que nunca lo aceptó, sobre todo después de su actitud manifiesta en contra de la discriminación. Nos acercamos a los cuartos de donde llegaban voces. Aquí debió vivir Carolina Barr, pienso, la sirvienta negra que crió a él y a sus hermanos, a la que dedica *Desciende Moisés*: "Para quien nació en la esclavitud y mostró a mi familia una fidelidad sin sombra de interés, y a la que mi infancia debe un cariño y una devoción sin límites." Fue siempre compasivo con los humillados y solitarios. En una oportunidad contribuyó con quince dólares a la campaña del único comunista del pueblo, un carpintero, pues juzgó que un hombre capaz de sostener sus ideas contra toda una comunidad merecía ser ayudado. Tal vez alguna de las voces era de una descendiente de Carolina Barr. De pronto nos encontramos frente a unos cuartos donde dos mujeres negras conversan, cada una en el marco de una puerta. Les preguntamos si sabrían de alguien que nos mostrara la casa del escritor. Una era mayor, la otra una joven de extraordinaria belleza. "No sabemos nada, no sabemos nada", nos responden ambas, sin prestarnos mayor atención. "Venimos de Sudamérica, de muy lejos", insistimos. Esto pareció importarles aún menos, y la mayor responde con impaciencia que no puede decirnos más, que salen en ese momento para la Iglesia, pues el marido de la más joven "passed away", ha muerto. Descubrimos al perro que ladraba, detrás de un corral. Volvemos decepcionados, tendríamos que conformarnos con recorrer el jardín y mirar el exterior de la casa. En cierto momento, nos encontramos con las dos señoras y el caballero. Les preguntamos si sabrían de alguien que nos pudiera mostrar la casa. La señora que conduce el automóvil resulta ser funcionaria de la Universidad, bajo cuya dirección se hallaba la propiedad de Faulkner. El encargado era un estudiante de literatura inglesa, por el cual nos sugería preguntar en la Universidad. También nos da el nombre del presidente, un

señor de apellido Fortune. No puedo negar que su nombre me despertó un cierto optimismo. Le aseguramos a la funcionaria que seguiríamos su consejo.

Sugiero que nos sentemos en uno de los bancos de la plazoleta, bajo los árboles. Es una buena oportunidad para continuar estas notas, solos, sin voces de guías, sin gritos de niños, sin apuro. Me es fácil imaginarme al escritor caminando por el jardín, entrando en la casa, de pie, en el marco de una puerta, pequeño y fuerte con la cabeza ligeramente erguida. A través de las fotografías se siente su espíritu terco e invulnerable, su aire reservado, cálido y huraño. Lo veo como lo describe su hermano John, en su bote de vela, aislado en medio de un lago, rehusando cualquier ayuda, confiando en que el viento lo llevaría a la orilla. Fue esta fuerza de carácter la que lo hizo posible convertirse en escritor, en un ambiente sin un átomo de estímulo, que luego manifestara su absoluto desdén por los críticos, por los círculos literarios y sociales, por cualquier forma de propaganda y adulación, manteniéndose siempre aislado y solitario, junto a la tierra y a los hombres de su tierra. Ya lo decía con ocasión del premio Nobel: "Siento que este premio no está dirigido al hombre, sino a mi trabajo, a una vida de trabajo en la agonía y el sudor del espíritu humano, no por la gloria ni menos por el dinero, sino para crear con los materiales de ese espíritu, algo que no existía antes."

Fue con su hija a recibir el premio, después de varias insistencias por parte del Gobierno, pues su negativa podría crear un conflicto entre ambas naciones.

Desgraciadamente nada sabemos de cómo surgió su vocación literaria, cuáles fueron sus primeras lecturas, sus primeros confidentes y amigos. Con seguridad que no tuvo durante su adolescencia a nadie de su edad con quien hablar, quizás tampoco lo necesitaba; le bastó con saber que escribir sería su destino, que le correspondía hacerlo como descendiente directo de grandes escritores, tal como el hijo y el nieto del carpintero saben que deben continuar el oficio de sus padres y abuelos. Pienso en algunos escritores latinoamericanos nacidos en pequeñas localidades, pienso en mi



amigo poeta Jorge Teillier, oriundo de un pueblito en el centro de su Chile, al cual nunca le faltó un amigo, un compañero de colegio, algún curado y excéntrico con quien intercambiar libros y hablar de literatura frente a una botella de vino o de cerveza.

Si hubiese tenido la oportunidad de conocer a Faulkner, tal vez no habría sabido de qué hablarle. Fue un excelente aviador, un hábil navegante, un experto cazador; sabía cómo reparar un automóvil, hacer un mueble, construir y arreglar una casa, poseía el espíritu y los valores que han hecho grande a este país, pero que nada tienen que ver con los míos ni con los de Latinoamérica (descendientes hispánicos, al fin y al cabo, con horror al trabajo manual y técnico, e inclinados por tradición a las actividades académicas y burocráticas). Me es difícil imaginarme a Neruda, a Borges o a Cortázar con un martillo o un serrucho entre las manos. Sin embargo, con Neruda el novelista tiene muchos puntos en común. Ambos son, por temperamento, lo opuesto al "homme de lettres", y su mayor influencia no proviene de los libros, sino de un continuo contacto con la naturaleza, los seres y las cosas. Tanto el norteamericano como el chileno se formaron a través de una larga y apasionada relación con los misterios de la tierra. Faulkner, hijo del norte, en la acción. Neruda, hijo del Sur, en la contemplación. Los dos gustaban hacer largos paseos por los bosques y los cerros; el primero para cazar animales y pájaros; el segundo para estudiarlos con la mirada. Tal vez por todo esto, han expresado con una fuerza y hondura desconocidas los impulsos instintivos, inconscientes de todo un continente, en un lenguaje que al transformar la realidad, la vuelve, curiosamente, más espontánea y directa que la realidad misma. Y otra coincidencia curiosa: tanto el poeta como el novelista nacieron en pueblos pequeños, rodeados de una poderosa naturaleza, y tuvieron padres que trabajaron como maquinistas y amaron los trenes.

No sé cuánto rato permanecí ensimismado por la evocación y la presencia de Faulkner. Era mediodía. Antes de retirarnos, caminamos una última vez alrededor de la casa, entre los árboles, por los senderos donde caminó a diario uno de los grandes escritores de cualquier tiempo y cuya obra iluminó y seguirá iluminando a muchos narradores de Latinoamérica.

Volvemos directo a la Universidad. La funcionaria nos había dicho que en la cafetería del campus nos darían noticias sobre el estudiante. En cuanto aparece un edificio de ladrillos entro en el campus en busca de la cafetería. Desemboco en un patio donde se ven estacionados varios camiones. Hemos llegado hasta los pabellones de servicio, las bodegas, lavanderías, talleres de reparaciones, cocinas. Empleados negros, mujeres y hombres, suben y bajan por unos escalones, algunos cargando cajones, otros paquetes. Sin querer, somos testigos del reverso de la medalla académica, el lado oscuro, prosaico, en el que nadie piensa ni visita, donde tienen lugar las labores secretas, vergonzosas, donde se mezclan los

productos de consumo con los desperdicios: alimentos, desechos, artefactos obscenos sin los cuales, no obstante, no serían posibles las altas actividades del espíritu y la cultura. Le pregunto a una negra por la cafetería. No me responde, tal vez no me entendió. Salimos de nuevo a la calle principal y continuamos en dirección a la plaza. En los momentos en que vamos dando la vuelta, atraviesa por la calle una joven a la cual detenemos. Resulta muy atenta y además funcionaria de la Universidad. Nos pide la acompañemos a su oficina, allí tratará de localizar por teléfono al estudiante.

Consigue el número; llama, pero no obtiene respuesta. "Es la hora en que todos asisten a la Iglesia; más tarde con seguridad lo encontrarán." Apunta el número, el nombre y me lo alcanza.

Como debíamos esperar por lo menos una hora para llamar al estudiante, propongo a Meche que nos sentemos en uno de los bancos de la plaza. Andaba además con unas ganas de orinar de los mil demonios; como tengo costumbre y práctica de hacerlo al aire libre, pensé que sería bueno aprovechar el reparo de uno de estos dignos y majestuosos árboles. Pero el argumento de Meche fue persuasivo: podría pagar una fuerte multa o parar en la cárcel por atentar contra la moral pública y por crimen de "lesa jardinería". En verdad, aquí el asunto no es como antes en Chile (antes del golpe) donde era cuestión de silbar o entonar una canción de moda mientras se descargaba la vejiga; siempre, naturalmente, que no fuese en una calle muy concurrida y se evitase la tentación del exhibicionismo. Tal vez era mejor irse a un motel, almorzar y de allí llamar al estudiante.

Ocupamos una de las últimas mesas libres del motel. Llamo por teléfono. Nadie responde. Voy perdiendo ya toda esperanza de que alguien nos muestre la casa. Antes de pedir el postre hago un último intento. Tampoco obtengo respuesta.

Pero no queremos dejar la ciudad sin visitar el cementerio. Empezamos a dudar entonces si estaría enterrado en el mismo cuya dirección habíamos visto señalada en una flecha a un costado de la calle del motel. Al momento de pagar, le pregunto a la cajera. "Sí, sí, allí está enterrado", me contesta mientras abre la caja de la registradora y me alarga el vuelto, en forma cordial, pero desinteresada, como si le hubiese preguntado por un almacén o una panadería situada en la misma cuadra.

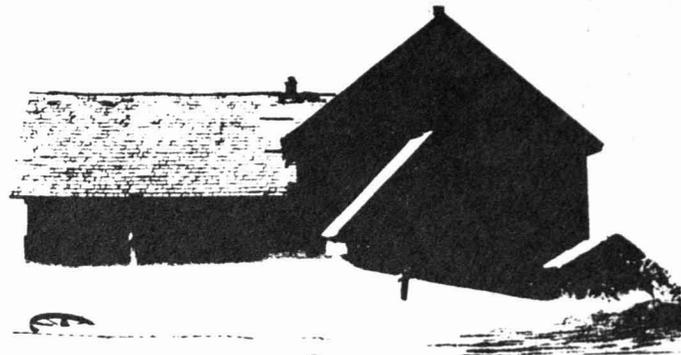
Saliendo, la misma calle sube hasta los pies de una amplia colina, cubierta de pasto, con variados árboles e innumerables lápidas. Dejamos el auto en la cima, desde donde se ve todo el cementerio. Empezamos a caminar un poco a la diablo mirando las inscripciones. De pronto, a unos cincuenta metros, una señora, un caballero y un muchacho caminan buscando algún nombre, a ratos van juntos y luego se dispersan. Antes de lo imaginado, encontramos el nombre de Falkner, pero sin la u. Fue sólo un momento de emoción que se esfumó tan pronto aparecieron dos o tres más con la misma ortografía. Todos, sin duda, eran parientes del novelista,

pues originariamente el nombre era sin la u. Fue su abuelo quien eliminó esa letra para diferenciarse de otra persona a quien odiaba y que tenía el mismo apellido. Como al novelista siempre le preguntaban si su nombre se escribía con u, decidió por comodidad reintegrar esa vocal.

A lo lejos, surge un nuevo grupo, una pareja joven acompañados por una niña y un muchacho. También parecen buscar un nombre. Sorpresivamente nos encontramos frente a la señora del primer grupo. Parece de unos cincuenta años, aspecto saludable y fuerte. Lleva sombrero y viste con elegancia. Le decimos que somos chilenos y que buscamos la lápida del escritor William Faulkner. Nos contesta con amabilidad que no sabe dónde pueda estar enterrado; ella y su familia busca la lápida de un señor Adams, un famoso abogado. Había oído hablar de Faulkner y le gustaría saber dónde está la lápida. Adams, continúa, fue un célebre jurista al cual John Kennedy dedica unas páginas en uno de sus libros. Vino con su marido a dejar al hijo que estudia leyes en la Universidad. En ese momento se acerca el muchacho. Cuando se entera de que buscamos al escritor, menciona haber leído *El Sonido y la Furia*, y que le resultó difícil. Se sorprende cuando le digo que el novelista enseñó algunos cursos de literatura en la Universidad donde él estudia. "Cómo, nos dice, si no tenía título universitario." "Eso qué importa, sabía más de literatura que muchos doctores juntos." En ese momento el "pater de familia" se aproxima con pasos vacilantes; es fácil notar que lleva más de algunas gotas de alcohol en el cerebro. Con la boca traposa y la mirada imprecisa comienza a hablar de Adams, de su importancia en la jurisprudencia, de la suerte de haber sido su alumno. A pesar de andar achispado, se maneja con decoro. Mientras hacíamos notar a la señora nuestra extrañeza por la indiferencia que mostraba la ciudad natal por el escritor, se acercó el segundo grupo. Decimos que la placa que señala la dirección del cementerio tiene inscritos varios nombres, pero no el del escritor; que no era posible visitar su casa por el abandono en que estaba; finalmente, que no había señales para llegar a ella. El señor del segundo grupo, que se mantuvo a unos pasos escuchándonos, aprobaba mis palabras. Lo hace con cordialidad y modestia. Saluda, dice su nombre y presenta a su mujer y a sus dos hijos. Habla en seguida con entusiasmo de algunos cuentos del novelista y se ofrece a ayudarnos con sus hijos a buscar la lápida. El estudiante aporta en ese momento un dato orientador: recuerda una fotografía el día de su muerte donde aparece un frondoso roble, junto al cual pidió que lo enterrarán. Nos dispersamos y continuamos mirando. Pero al cabo de un rato fui perdiendo el entusiasmo. Meche en cambio, iba de un lugar a otro.

El sol se ha cubierto de nubes. Son las tres de la tarde. Yo más bien pretendo como que busco, sin ponerle mucha tinca; prefiero observar a la distancia las figuras que se mueven y se empequeñe-





cen contra el fondo verde del pasto. Continúo así, hasta que escuchamos unos gritos y yo distingo unas manos que se agitan, hacia dónde la colina descende formando una pequeña quebrada. Por un rato se agitan los brazos de la joven y el muchacho en el aire agobiante e inmóvil de la tarde. Tomo de la mano a Meche y caminamos rápido. Por distintas direcciones se aproximan el padre y la madre. La niña nos dice que encontró la lápida debajo de un árbol, cerca de donde termina el cementerio, junto a un camino de tierra. Leemos William Faulkner con el diptongo au. El sol se filtra a ratos por unas gruesas nubes y extrae pálidos reflejos de un mármol sucio y desteñido.

Sería imposible definir lo que sentí en esos momentos: una mezcla de alegría, de perplejidad, de impotencia. Deseo el haber podido quedarme a solas con Mercedes, en silencio, y encontrar la calma para responderme a tanta interrogación. Pero fue imposible siquiera comenzar a preguntarme: lo único real en esos momentos era el sol, un árbol de firme tronco, el pasto verde, unas cuantas sobras sobre una simple lápida, donde cualquier duda se estrellaría contra ese mismo sol, contra ese árbol, contra esa lápida, contra ese pasto, contra esa amable familia y contra un espacio y un ritmo invariable. Luego fue un poco de angustia y otro poco de ansiedad por dejar yo también algunas páginas dignas de combatir el tiempo y el olvido.

En ese momento, el padre de los muchachos me pregunta si hemos visto la película basada en su novela póstuma, *The Rievers*, que le había parecido magnífica. Le decimos que nos gustó mucho, que se veía allí un humor y una ingenuidad que no aparecía en su obra anterior. Recuerda otros cuentos que yo no había leído. Es un hombre de aspecto joven y bondadoso, aparentemente menor que su mujer, la cual tiene un rostro cándido, pero marchito.

No dejo de mirar el mármol de la tumba, la sobriedad ascética de ese pequeño espacio rodeado de césped, bajo un roble donde tal vez aún permanezcan dos o tres de sus huesos. Tenía no sé por qué la sensación constante de estar al borde de algo que podría revelarse en forma súbita y misteriosa. Sólo percibía el sonido de las otras voces y no atendía al significado de lo que yo decía. A ratos, impaciente y aturcido, hubiese querido arañar la tierra, extraer sus dos o tres huesos, su calavera y sentarme rabiosamente a mirarlos hasta ennegrecer contra el sol.

De pronto, se rompe ese extraño momento y un automóvil se detiene en el camino de tierra que bordea al cementerio. De él baja una señora de cierta edad cuyos pasos y actitud demuestran fuerza y decisión. “¿Son ustedes los que buscan saber sobre Bill Faulkner?”... nos dice con una voz áspera y penetrante, lejos todavía. A medida que se acerca va creciendo y adelgazándose. “Me han pedido que les dé información sobre Bill”, agrega, ya más cerca. Tiene aspecto de mujer autoritaria y gruñona. “Tendrán que perdonarme, dice ya junto a nosotros, pero yo no tengo el menor

respeto a Bill. Su vida, es bueno que lo sepan, acabó de mala manera. Cuando murió no hubo más de cincuenta personas que siguieron a las mulas con el féretro. A mí me dijeron: allí va Bill, lo van a enterrar, pero yo no quise salir de mi casa, ¿para qué?”... .

No supimos realmente qué responderle. “Dígame usted, ¿qué ve en su literatura?”, me pregunta a continuación. “Porque yo, con franqueza, no entiendo eso de escribir párrafos y párrafos sin saber donde se encuentra el sujeto y el predicado, a veces ni siquiera coloca signos de puntuación. Yo soy profesora, ¿sabe usted? Aprendí literatura de otra manera y me gusta que se entienda lo que aparece en un papel. Yo nací en esta ciudad, casi en los mismos años que Bill; tuvimos amigos comunes. Yo no fui amiga suya, claro... pero lo vi muchas veces. Si ustedes conocen sus libros comprenderán por qué la gente de aquí no lo quiere.” “¿Dígame qué le disgusta a la gente de sus libros?”, le pregunta Meche. “Bueno, bueno, usted sabe... el mundo está lleno de conflictos, hay demasiados problemas para que se escriba además sobre ciertas cosas.” Mira la lápida y dice con desdén: “Me sorprende que haya dejado un espacio para su mujer. Tal vez con los años la gente piense acerca de él de otra manera. Lo mismo sucedió con Edgar Alan Poe. Fue bastante alcohólico también, ustedes saben, pero hoy todos reconocen que es un importante escritor”... .

Parece satisfecha después de sus palabras. El padre de los muchachos la mira y nos sonríe. “Yo he sido profesora en un pueblo cercano, continúa, ahora estoy jubilada. No quise sacar mi doctorado, ¿sabe usted? No creo que haya debido hacerlo. Es conveniente conocer sus limitaciones. Me di cuenta que no era capaz. Saqué mi maestría y enseñé en un colegio. Ahora estoy jubilada.”

Mercedes le alaba un camafeo veneciano que lleva colgado de una cadena al cuello. “Gracias, me lo regaló my darling”, un joven a quien ayudó en la Universidad. “El sí es inteligente y capaz, es un prodigio. Pero no crean ustedes que hubo algo más, puro cariño ¿comprenden?... Puro cariño.” Se dirige a la muchachita que había permanecido sentada en el suelo y había seguido sus palabras cada vez más sorprendida. “¿Sabes tú lo que son estas clases de relaciones?”... “Yes, mam.” “Ah, porque a tu edad no se comprenden ciertas cosas, no se comprenden”... .

Meche le propone que se coloque junto a nosotros para que nos tomen algunas fotografías. “No, yo al lado de Bill, nunca.” Permanece aún unos minutos, hasta que sacamos algunas fotos y luego se despide y se aleja, tal como llegó, con pasos largos y seguros, pisando con vigor el pasto; sujeta con fuerza su cartera hasta que llega al automóvil y desaparece entre el denso y grisáceo polvo del camino.

El señor nos fotografía junto a la lápida. Son cerca de las cuatro y media y debemos partir para avanzar camino ese día.